

# ARTECHE, UNA MEMORIA

Santiago Aizarna



**A**l recordar la figura de José de Arteche, gran santón del pensamiento y de las creencias del pueblo guipuzcoano durante el largo tiempo en que ejerció su magisterio, se me viene a la memoria, quizá por su colaboración con casi todas las revistas locales que se publicaban durante ese tiempo, un texto que se publicó en una revista renteriana, no sé si en la segunda época de "Oarso" (que creo que no) que, de no ser así, seguro que sería en 'Rentería' (que, por algún tiempo salió bajo esa mancheta y por obra de un profesional en estos lances). Lo que sí recuerdo es que, en aquella ocasión, José de Arteche

escribió sobre un cierto sacristán de la Iglesia Parroquial de Rentería que parece como una estampa sacada de "Loores de Ntra. Sra." de Berceo, o quién sabe si de alguno de los romances piadosos a los que tan aficionado era el poeta vallisoletano José de Zorrilla, del estilo de "Margarita la Tornera", etc. El episodio de ese sacristán renteriano ofreciendo lo poco o mucho que tenía, que era su interpretación del auresku, a la Virgen, en la desierta iglesia, casa bien con el espíritu sencillo y la fe fuerte de un hombre como Arteche que, como bien se sabe, hasta en momentos trágicos y de difícil elección, hizo prevalecer sus creencias sobre sus tendencias. Es una primera deuda que pago a quien auscultó, de manera insuperable al menos en la entrega que diría también que en el modo, el ser de Guipúzcoa, de sus tierras y de sus gentes, de sus creencias y conductas sobre todo, de su conocimiento y amor a la tierra que le vio nacer.

En su tiempo, y bajo el apremio de una colaboración que se me pidió, escribí un artículo que, según parece, me salió un poco largo, razón por la que, a la hora de su publicación, salió con muchos cortes. Como pienso que, no concurren en este caso, tales exigencias de espacio, me permito enviar como mi colaboración anual a "Oarso", ese artículo en su integridad:



## El manuscrito tachado

Recibí de él una gran lección literaria que nunca seguí. A la luz y `a la paz de su lámpara` –como reza el título de un libro suyo y a la manera como él escribía–, en su casa de la calle Miracruz, allá por los cincuenta, a Fernando Bandrés y a mí (libroadictos sin remedio), nos mostró páginas y páginas de aquel cuaderno manuscrito en donde reposaba, aún en útero nutricional, su próximo libro, y mirándonos fijo, levantó su dedo señalando al infinito y, entre prosopopéyico y santón, con su aire de iluminado que creaba como volutas de transcendencia en cada palabra suya, nos soltó la frase: “*El arte de escribir es el arte de tachar*”– dijo. Quizá, allá por Croisset, cerca de Ruán, al fantasma de Flaubert se le movió el florido bigote y, en el fondo de su floresta creadora se entrevió la difícil parida de sus criaturas más notables con Bouvard y Pecuchet y Emma Bovary y Salambó a la cabeza y a Narciso, una vez más, emergiendo de las aguas, y ante nuestros ojos, un poco alucinados por aquel titánico esfuerzo de un hombre que escribe y escribe y borra que borra, unas pocas frases salvadas de una profusa escritura tajante y taxativamente tachada, empezaron a moverse como vermes peristálticos los supervivientes de esa exacción literaria tan cruel que nos pareció que fuera capaz de arrancar, como la muela de la quijada, cualquier vocación literaria no debidamente asentada. Aquella ardua labor escritural, de tan adustas proporciones que pudiera hacer vomitar a la voluntad en espasmos incoercibles; un camino tan lleno de tantos obstáculos como se nos hacía ver desde aquel tremebundo manuscrito; la mano que empuña la pluma y sigue escribiendo y escribiendo y borrando y borrando; se me quedó para siempre como la prueba de fuego que nunca quise tolerar para mí porque, ningún trabajo, ningún oficio, en verdad, me parecía merecedor de tanto sacrificio. Pero, muy al contrario a este pensamiento de cierta desolación mental que su visión me proporcionaba, el autor de aquel laborioso cuaderno parecía sentirse a sus anchas, feliz ante la obra realizada. Era, supongo, el espíritu del apóstol, la luminaria como del mesías llamado a esa operación de salvación del lector desde los fondos de la oscuridad a los lamos de luz. Un sacerdocio, una misión a cumplir que, aunque costosa, le parecía haber quedado plenamente realizada.

En esa dimensión de plenitud laboral me parece que se movió, siempre, un José de Arteche (habría que hablar también de ese genitivo de su apellido del que su firma nunca se olvidó) que fue como el gran santón del pensamiento ortodoxo de la provincia de Guipúzcoa, y subrayaría muy especialmente su calidad en la ortodoxia, porque ni su voluntad, ni su conciencia, ni su credo le hubieran permitido adoptar ninguna otra postura. Y, en cuanto a su escritura, tendente siempre a lo más sencillo, a lo más directo, a lo más eficaz, le exigía, seguramente, esa parquedad de una prosa libre de cualquier floritura, porque el apóstol tiene que hablar en la lengua del pueblo, un pentecostés propicio, en "roman paladino" que dice Berceo, que es como "suele el pueblo hablar a su vecino", una escritura que, si de cerca se la ve como simple, humilde y silvestre, pasa el tiempo y se cerciora, sin embargo, que ha ido adquiriendo una textura que nos parece no solamente la más adecuada sino la única posible, que hay, por supuesto, un arte de la concisión y de la brevedad, de la sintaxis sencilla y directa, del triángulo indestructible que se forma entre el sujeto, el verbo, y el predicado como inexpugnables arquivitales de la frase, y él, que siempre fue fiel a esa norma de lo elemental y de lo más simple, de la caricia más que un poco ruda al hispido animal de la lengua (para él segunda lengua además y con profundidad de su semántica hasta adquirida con avaricia, supongo), había conseguido vertebrar la voluntad y el acto en una unidad de convivencia dentro de cualquier texto que de él emanara. Era, posiblemente, la necesidad hecha fuerza, la pureza del sudor, el pulso cálido de las letras que se hacen sangre, o cuerpo, o alma, siempre vida.

Aunque nunca seguí su lección, que era al mismo tiempo, su consejo, entendí que un hombre como él, no podía ser otra cosa, no podía escribir de otra manera a como lo que trasparecía de aquel cuaderno en donde un hombre esclavizaba su vida sobre las letras muertas, miles de letras nacidas de su voluntad de comunicación

y que eran como pompas de jabón que explotan al contacto del aire, copos de nieve que se funden al tocar el papel, letras como soldados que se quedan yertos a la manera de aquellos autómatas de los que se rodeó el Primer Gran Emperador constructor de la Gran Muralla antes de entrar en combate con el lector pero es que fueron víctimas caídas en una previa batalla que tuvo lugar en la mente censoria del autor, inmune a compasiones autovanidosas y drástico en su cercene, letras, palabras, frases, que habían sido borradas y ya eran estrellas apagadas de aquel cuaderno que José de Arteche, nunca he sabido de qué espíritu penetrado, aquel anochecer nos mostraba.

Ahora y siempre, de aquel hombre de prisa casi vertiginosa por la calle como también le recuerdo yendo azogado a entregarse a su labor escritural ("*cuando agotado por los quehaceres, algunos de ellos bien prosaicos, pero que me dan para sacar adelante a mi familia, comienzo todos los días del año a las siete de la tarde y termino hacia las diez de la noche*", en carta a Jorge Oteiza en "Rectificaciones y añadidos", Edit. Vardulia, 1965), es ése episodio del manuscrito tachado, lo que prevalece, y, es ésta la primera imagen de José de Arteche que se me asoma cuando oigo pronunciar su nombre. Ahora, hoy, que me dicen que hubiera cumplido cien años de no haberle sobrevenido la muerte (también de prisa), en 1971 (treinta y cinco años ya de su adiós), me sería imposible recordarle como una persona relativamente joven cuando ahora, que ya le sobrepaso en una docena de años, no puedo por menos de pensar, sin embargo, que también podía considerársele joven cuando le conocí. Pero, ¿fue joven, alguna vez, José de Arteche? Hay personas a las que parece como si se les desplomara el mundo sobre su cabeza a temprana edad y se les queda ese ceño fruncido de la conciencia que les acompañará durante todo su exilio existencial. Así, este azpeitiarra de hondas raigambres, de pensamientos férreamente asumidos, de creencias sin fisuras. Seguramente le contemplo de esta manera porque siempre le vi cargado de empeños, de preocupaciones, de compromisos personales que los cargaba sobre su espalda como el único capaz de sobrellevarlos, un caso de hombre convertido en conciencia de un pueblo, inexorable también, consigo mismo, en esa tarea de rodrigar a su pueblo en las duras normas de unas leyes que diría yo que le provenían de una común educación de ribetes jansenistas aunque haya quienes discrepan de esa

procedencia (caso de J. Ignacio Tellechea Idígoras) y achacan el rigorismo de los primeros años del siglo pasado en nuestra provincia a los jesuitas. De cualquier manera, el jansenismo, en la vida de Arteche, tuvo una gran importancia y fue, sobre todo, motivo de inspiración y estudio para escribir su obra más cumplida, la biografía de Saint-Cyran.

Ese hombre cargado de problemas, un cireneo inevitable, me proyectaba así, aviejada su figura y su nimbo, la imagen de ese hombre siempre presuroso, de saludos urgentes y de adioses furtivos en encuentros callejeros, como un fanático del deber de escribir, esa enfermedad exigente. En parecida dimensión a la de Jorge Oteiza (¿le ponemos o no le ponemos el genitivo a él también?), otro exagerado que no admitía vocaciones que no se cultivasen, y cuyos saludos, los de ambos, eran, siempre, una pregunta: –“¿Qué estás haciendo ahora?”. Ante semejantes inquisidores de nuestra pereza congénita, lo más indicado era, prudentemente, rehuírlos. Nuestra buena vista de jóvenes suspicaces sabía distinguirlos en la distancia y darles esquinzazo. Pero, ante ambos también, siempre me quedó el brote de la duda original, de ésa que asegura que un hombre presuroso en la calle es un hombre que no supo o no quiso gastar sus energías en su trabajo. Y es que, sin duda también, ese José de Arteche que era el hombre presuroso de la calle, era ese mismo hombre que sabía ‘perder el tiempo’ tan descansada y ricamente, en su biblioteca de la Diputación, el *sancta sanctorum* en donde ritualizaba no solamente la misa oblatória de la amistad sino también la del polivalente profesorado, un grupo de gentes de sonada intelectualidad que celebraban el mutuo encuentro con el fasto de la charla, recuerdo transmutado, acaso, de las viejas tertulias de la reboticas dieciochescas que alimentaron tantas páginas novelescas de viejos tiempos.

Pienso que hay un tiempo guipuzcoano en el que se impuso la pluma de José de Arteche en el pensamiento, en la moral, en los gustos, en un todo. Sus escritos, llenos de vehemencia, alimentados de la fe y esperanza que le manaban de una cristiandad manifestada hasta a gritos, encontraban eco en personas de todo tipo, tanto en los de profesiones o quehaceres humildes como en los de, aparentemente al menos, de superior estatus. Creyó poseer, supongo, esa mirada del espejo stendhaliano que va por el camino y que, a su toque, va resucitando cuanto

ve; “yéndolos mirando”, diría el de Fontiveros. De esta manera, Arteche resulta ser, aún más que el notario del mundo guipuzcoano, una especie de rey Midas que trocaba en oro todo lo que miraba. Hombre más bien estático, se diría, con viajes más bien cortos o inexistentes en su vida personal, con insobornable voluntad de no escribir de otras historias que no tuvieran asiento en la realidad, sus escritos tenían que referirse, obligadamente, a ese pequeño círculo de gentes cotidianas, a sus pequeños ocios de tardes domingueras con un par de amigos en cualquiera de los pueblos que escogían para sus visitas semanales y que le daban ocasión para hablar de ellas.

Ahora que iría a cumplir los cien años, pienso que este espécimen singular, testimonio de una Guipúzcoa de hace más de medio siglo, de una Guipúzcoa absolutamente perdida que solamente se puede encontrar en sus escritos (y esta circunstancia hace que sean textos que han experimentado una increíble plusvalía), cumplió a conciencia con esa misión que se autoimpuso de ser fiel a sus convicciones, a su verdad, a su fe, a sus gentes. Hombre trabajador, patriarcal padre de familia numerosa, ciudadano discreto en lo personal aunque notable en la escritura, su imagen de bonhomía, rectitud y compromiso se nos imponen como virtudes inalienables. Sus numerosos escritos de los que aún falta publicar en un volumen sus artículos periodísticos que nos pudieran situarnos en el meollo de algunas de las vicisitudes culturales de esa mitad del siglo pasado, son exponente de una reciedumbre mental, se esté o no de acuerdo con su programa de vida, se diría que hasta genético. Pero, en la evocación que aquí hago de su figura, al margen de encuentros personales muy satisfactorios y pequeñas diferencias que siempre las hay, me queda el imborrable recuerdo de aquella lección suya del arte de escribir que nunca seguí y que, ¡ay!, más de uno pensará, que así me fue. ■